



Ética y medio ambiente

SUMARIO

El dominio ejercido por el hombre sobre la naturaleza, con el fin de explotarla en su beneficio, le ha hecho perder de vista la idea de que hay un sistema mantenido en equilibrio y que cualquier alteración que se haga en una parte de ese sistema repercute sobre los demás.

La pérdida de esa idea es en gran parte, la responsable del problema ecológico, ya que induce a adoptar determinadas conductas en un país, sin tener en cuenta su repercusión en los países vecinos.

La actitud del hombre deber ser contemplativa del todo en el espacio y en el tiempo y derivar de esta visión, los criterios necesarios para la acción, el progreso y el equilibrio dinámico.

Palabras clave: medio ambiente, comportamiento humano, responsabilidad ecológica.

RAFAEL BRAUN

*Profesor de Teología Moral
Facultad de Teología de la Universidad
Católica (Argentina)*

EL interés por los problemas ecológicos nace de una preocupación por el bien de los seres humanos más que de consideraciones científicas. Conocemos las grandes líneas de los desafíos que la sociedad industrial está lanzando a la humanidad como consecuencia de

su propio progreso. En primer lugar, la contaminación atmosférica, la emisión de gases, la lluvia ácida, los fenómenos especialmente ligados al proceso industrial y a los subproductos de ese proceso, de los cuales son especialmente responsables los países desarrollados. En segundo lugar, la desertificación y la deforestación, problemas mucho más ligados a la pobreza o a la explotación irracional de los recursos. La responsabilidad aquí parece mucho más comprometida por el lado de los países llamados «subdesarrollados». En tercer lugar,

el problema de la extinción y alteración de las especies —vegetales y animales— y los procedimientos de manipulación genética —vegetal y animal— cuyas consecuencias todavía se ignoran, pero que se intuye pueden tener una gravitación decisiva para el futuro. El ritmo de extinción de estas especies es alarmante, según los especialistas. Y finalmente, el efecto invernadero, el calentamiento de la atmósfera, acerca del cual no hay consenso —algunos, en efecto, lo niegan—, pero que podría poner gravemente en cuestión no solamente el clima en ciertas regiones, sino que podría alterar la división de tierra y agua en el mundo, y provocar prácticamente la desaparición de ciudades enteras por el crecimiento del nivel de los océanos.

¿Por qué se plantea una cuestión ética? El problema ecológico surge como consecuencia de una conducta libre de los hombres. No es, como los terremotos o la lluvia excesiva, las inundaciones o la falta de lluvia, un fenómeno propio del sistema natural. El problema ecológico es el resultado de la acción del hombre sobre su medio ambiente. Las acciones y omisiones del obrar humano son el



El problema ecológico es consecuencia de la conducta libre de los hombres.

campo propio de la ética. No solamente es importante lo que se hace, sino también lo que se omite, y por tanto tomar conciencia del problema ecológico desde el punto de vista ético significa preguntarnos cada uno de nosotros, desde el lugar que ocupamos en la sociedad, en qué estamos contribuyendo a este problema y en qué lo estamos remediando, guiados por el principio esencial del obrar humano, que es tratar de hacer el bien y evitar el mal. Si pretendemos volver al equilibrio ecológico tenemos que evitar ciertas conductas nocivas y al mismo tiempo, promover otro tipo de conductas que sean encaminadas al bien de la humanidad. Para poder emprender esta acción tiene que existir una motivación, y esa motivación no puede surgir sino de una visión global de tipo moral de las relaciones de los hombres entre sí y de los hombres con respecto a la Naturaleza.

¿Por qué esta relación se plantea de un modo nuevo? Porque el ser humano estuvo durante milenios tan imbricado con el proceso de la Naturaleza que esa relación se pensaba esencialmente en categorías sacrales; se sacralizaba a la Naturaleza. Además, a partir de la experiencia de los ritmos de la Naturaleza, vivía en gran medida sometido a la misma, en un proceso continuo de adaptación. El hombre de la sociedad industrial es un hombre urbanizado, un hombre que tiene relación con la Naturaleza a través de múltiples mediaciones. Un jardín zoológico o un jardín botánico son como muestras palpables de la falta de contacto del hombre de la ciudad con la Naturaleza, contacto

que se quiere recrear artificialmente para que tenga una cierta experiencia de lo que es la vida vegetal y la vida animal en su estado natural. Al hombre de la ciudad le resulta sencillo abrir el grifo y tomar el agua. Hay seres humanos que caminan 10 ó 15 km de ida y de vuelta todos los días de su vida para ir a buscar agua. Basta salir de la ciudad o que haya un corte de electricidad —experiencia no infrecuente en verano en nuestro país— para que experimentemos la dependencia lógica que tiene un ser humano con su medio ambiente.

Pero ¿qué es el medio ambiente como experiencia existencial para un hombre de la ciudad? En Argentina esto significa hablar del 80 por 100 de nuestros conciudadanos. ¿Qué causas han provocado este problema y cómo podemos encontrar soluciones eficaces? Parecería existir un cierto consenso en reconocer que el hombre ha perdido el respeto a lo que se denomina la «integridad» de la creación. El dominio ejercido por el hombre sobre la Naturaleza mediante su razón, con el fin de explotar la naturaleza en su beneficio, ha hecho perder de vista la idea, que hoy se quiere recuperar, de que hay un sistema mantenido en equilibrio y que cualquier alteración que se haga en una parte de ese sistema repercute sobre las demás.

Esta repercusión es doble: espacial y temporal. Desde que la humanidad hizo la experiencia existencial de poder ver la Tierra como la ve un hombre que viaja a la luna, se adquiere conciencia de que el planeta Tierra es un punto ínfimo en el cosmos al cual los hombres están

adosados para su subsistencia. Esta visión, y por otro lado el informe del Club de Roma acerca de los límites del crecimiento, fueron hitos que hicieron tomar conciencia a los hombres, en la década de los sesenta, de la solidaridad esencial que los liga en razón de habitar un mismo planeta. Este principio de la solidaridad en la Creación y de la relación entre las diferentes partes físicas de la Tierra entre sí y con el resto del universo es un dato esencial. La pérdida de esa conciencia es en gran parte responsable del problema ecológico, ya que induce a algunos a adoptar determinadas conductas en un país como si no tuvieran repercusión en otros. Pondremos un solo ejemplo: la lluvia ácida que es generada en un país pero que cae en otro.

En segundo lugar está la repercusión temporal, es decir, el efecto sobre las generaciones futuras. Es posible explotar la Naturaleza, pero llega un momento en que se agotan los recursos, tanto los renovables como los no renovables. Se plantea entonces la cuestión: ¿qué grado de sacrificio tiene que hacer la generación presente para prevenir los problemas de las generaciones futuras?, o ¿qué grado de dilapidación se puede permitir la generación presente en perjuicio de las generaciones futuras?

Una segunda causa es la aplicación indiscriminada de los adelantos científicos y tecnológicos. Digo indiscriminada porque parecen resolver un problema sin atender a sus consecuencias. Es imposible en la vida humana prever las consecuencias de todas nuestras acciones. No se trata,

El problema surge como consecuencia de la conducta libre de los hombres y es el resultado de la acción de éste sobre su medio ambiente.

Si pretendemos volver al equilibrio ecológico, tendremos que evitar ciertas conductas y promover otro tipo de conductas que sean conducentes al bien de la humanidad.

por supuesto, de adquirir, frente a la novedad, una actitud de censura por la cual toda innovación tiene que ser detenida hasta que se estudien detalladamente todas sus consecuencias. Quedaríamos paralizados. Pero es evidente que hoy se conocen muchas consecuencias nocivas para la salud y la vida humana, y, sin embargo, esas prácticas se siguen realizando por intereses económicos, lo cual estaría denotando que, desde el punto de vista ético, prevalece el interés económico individual sobre la dignidad y el bienestar de las demás personas. El fenómeno más antiguo en ese sentido, pero que sigue vigente, es el de la contaminación industrial. Las personas que pueden y tiene los medios, y que generalmente son responsables de esa contaminación, no viven en las zonas que ellos mismos contaminan con sus empresas. La visita a ciertos barrios de las grandes urbes, en las zonas industriales, permite oler los gases emanados de estos procesos, o ver la polución de las aguas servidas.

Lo que se cuestiona aquí, desde el punto de vista ético, es la concepción del ser humano. ¿Qué humanismo vamos a poner en juego? ¿Qué concepción del progreso humano? Hasta ahora, los índices que miden este progreso son de tipo cuantitativo. Parecería que lo que importa es hacer crecer el producto bruto, y la misma manera de calcular este índice indica hasta qué punto las transacciones explícitas que implican un traspaso de dinero tienen prevalencia sobre una enorme cantidad de conductas que son gratuitas y que, sin embargo, entran en lo que se denomina «cali-

dad de vida». Hoy en día las «necesidades vitales» se contraponen a las «necesidades básicas», porque la «calidad de vida» se contrasta con el «nivel de vida». Se ha visto, en efecto, que esta concepción del progreso, supuestamente indefinido, por el cual se acrecienta la explotación de la naturaleza y se aumenta el número de bienes a disposición de la sociedad, conduce a un tipo de desarrollo que no es sostenible en el tiempo. Se plantea entonces la pregunta acerca de qué tipo de desarrollo sostenible podemos encarar respetando las dimensiones presentes y futuras de solidaridad entre las generaciones.

La falta de solidaridad como causa del problema ecológico se advierte en tres niveles. El primer nivel es entre los diversos países. Pienso que ya nadie duda de que existe un lazo que vincula el hiperdesarrollo con el subdesarrollo en relación con el problema ecológico. Y que si se quiere enfocar este problema desde un punto de vista meramente técnico, sin poner en cuestión las relaciones económicas, las transferencias tecnológicas y científicas, las relaciones militares y las relaciones de dominación política, se está ignorando cuál es el contexto global del problema ecológico. En las reuniones internacionales se coincide en que debe surgir una nueva conciencia de solidaridad, pero que no se exprese solamente desde el punto de vista científico. Los acontecimientos del último año, con la práctica desaparición del segundo mundo, constituyen un avance decisivo que permitirá no solamente volcar en este campo una enorme cantidad de recursos

hasta ahora dirigidos a la carrera armamentista, sino establecer mecanismos de colaboración que redunden en una distribución de los recursos internacionales más equitativa de los mismos.

En segundo lugar, falta de solidaridad, al interior mismo de los pueblos, porque la división entre Norte y Sur que se crea a nivel internacional se recrea en esquemas cada vez más dualistas dentro de nuestros países. Pienso principalmente en los países subdesarrollados entre los cuales se cuentan los de América Latina. En la década de los ochenta, el dualismo se ha acentuado. La riqueza de los ricos aumenta, la pobreza de los pobres aumenta. Reconocerlo no significa decir cuál es la solución del problema, sino simplemente constatar que esto se vincula con el problema ecológico.

Y, por último, la ya mencionada falta de solidaridad entre las generaciones. Hay muchas prácticas sociales que denotan esta falta de solidaridad. Voy a mencionar algunas fuera del campo ecológico. Cuando se adopta una medida de congelar los alquileres, se está favoreciendo a las generaciones que ya han alquilado una vivienda, y perjudicando a los jóvenes que piensan casarse. Cuando se otorga una estabilidad total del empleo, se está favoreciendo a quienes tienen empleo, y perjudicando a los jóvenes que acceden por primera vez al mercado de trabajo, fenómeno de desocupación estructural de la juventud que hoy en día se constata en países muy desarrollados. Esto mismo, que se percibe en la vida económica, también se percibe en los



La lluvia ácida que se genera en un país puede caer en otro vecino, produciéndole grandes daños.

problemas ecológicos. Se puede explotar en gran escala la Naturaleza, desentendiéndose de las consecuencias que dicha explotación acarreará a las generaciones futuras.

Asimismo, no hay duda de que existe una relación entre el crecimiento explosivo de la población mundial, los problemas ecológicos y los problemas de la pobreza estructural. Creo que no hay mayores discusiones respecto de la necesidad de vincular el problema ecológico con el problema de la pobreza y el desarrollo. He mencionado antes el problema de la desertificación. Es evidente que si, para sobrevivir, los hombres explotan intensivamente ciertas zonas y agotan la Tierra, tienen que retirarse luego de esas zonas, deforestar otras que permitan cultivar la tierra, y así avanza el desierto. Problema típico de África, causado por el sobrepastoreo y el sobrecultivo generado por la pobreza. A esto se agrega la emigración a las ciudades cuando estas zonas quedan esquiladas. Entonces sobrevienen los problemas ecológicos propios de las grandes aglomeraciones urbanas, de los cuales tenemos ejemplos muy claros aquí en América Latina: Méjico, San Pablo y Santiago de Chile son ejemplos ilustrativos, donde, lejos de progresar, la calidad de vida se está deteriorando de una manera notable en campos tan importantes como la salud. Por ejemplo, en esta última ciudad, la tasa de enfermedades respiratorias en los niños se ha duplicado con creces.

¿Qué principios de solución podemos pensar juntos? El mes de enero pasado fui invitado a un Foro Mundial

La pérdida de conciencia es en gran parte responsable del problema ecológico, ya que induce a algunos a adoptar determinadas conductas en su país, como si no tuviera repercusión en los otros.

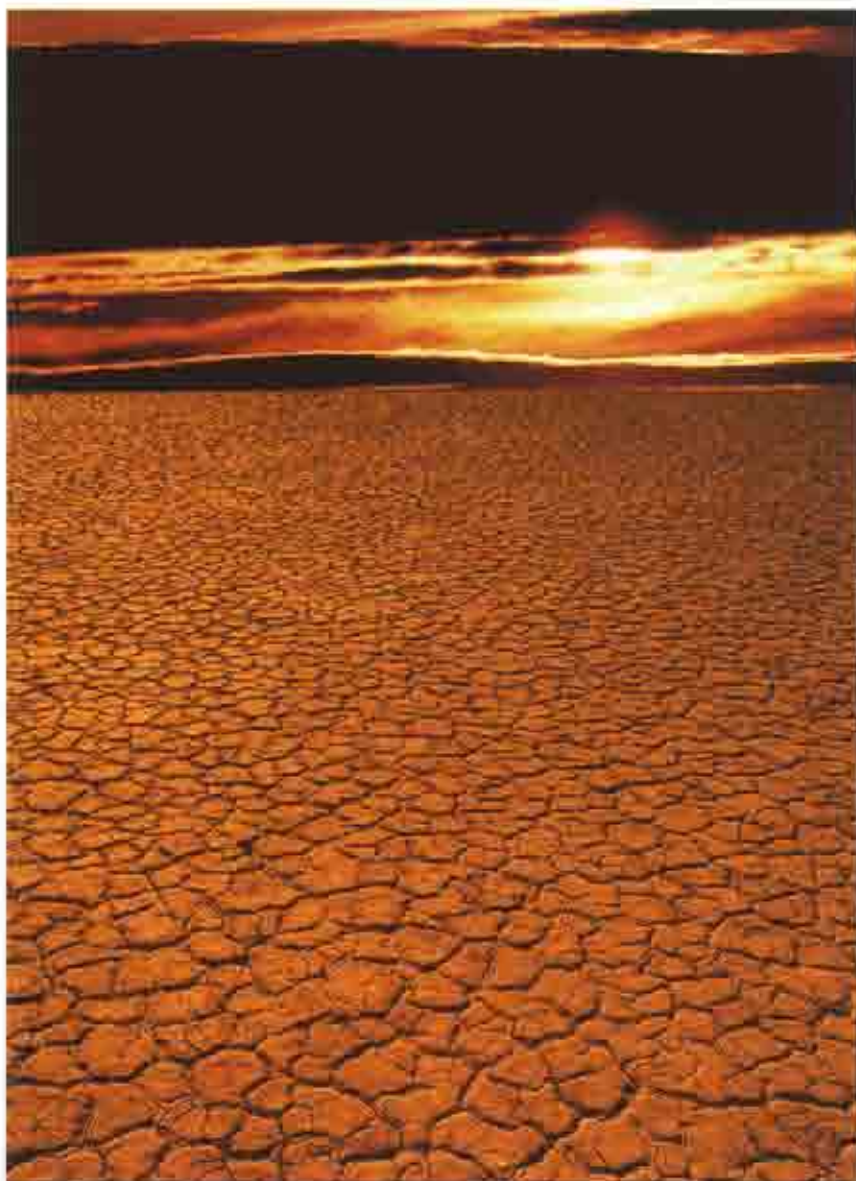
sobre Desarrollo y Medio Ambiente en Moscú, que reunió a dirigentes parlamentarios y líderes espirituales de todo el mundo. Había más de dos mil personas. Contó con la presencia del Secretario General de las Naciones Unidas y concluyó en el Kremlin con un discurso de Gorbachov. ¿Por qué se convocó esta reunión? Porque los interesados en los problemas ecológicos, preocupados por los mismos, pensaron lo siguiente: quienes tienen más posibilidad de modificar las conductas y de percibir el estado de ánimo de las poblaciones son los dirigentes políticos democráticos y los dirigentes religiosos. Allí ocurrió algo que llamó tremendamente la atención. Un grupo de científicos,

encabezados por Carl Sagan, no todos creyentes, escribieron una declaración dirigida a los líderes religiosos, donde se podían leer expresiones como las siguientes: «Nosotros, como científicos, tenemos profundas experiencias de respeto y reverencia ante el universo. Comprendemos que lo que es mirado como sagrado será tratado probablemente con más cuidado y respeto. Nuestra casa planetaria debería ser mirada de este modo. Esfuerzos para salvaguardar y amar el medio ambiente deben ser penetrados con una visión de lo sagrado. Al mismo tiempo, una comprensión mucho más amplia y profunda de la ciencia y la tecnología es necesaria. Si no entendemos el problema es muy improbable que seamos capaces de arreglarlo. De allí que exista un rol vital tanto para la religión como para la ciencia.» Cuando se lee esto, a finales del siglo XX, nos damos cuenta en qué medida necesitamos una «perestroika» intelectual para abandonar ciertas concepciones positivistas y una tradición que proviene del siglo XIX, en la cual se podían compartimentar las actividades de los seres humanos. Hoy esta conciencia ecológica nos devuelve a una experiencia unitaria respecto de lo que es el cosmos.

La idea griega de cosmos denotaba al universo como un todo ordenado, consciente; no era un caos. Toda creencia religiosa tiene una determinada concepción sobre el origen del universo y los diversos grados del ser dentro del mismo. En la tradición cristiana, las relaciones básicas del hombre con la Naturaleza están sintéticamente expresadas en los capítulos iniciales de la Biblia. El universo es des-sacralizado, pero es creado por Dios y entregado al hombre para que lo someta y ponga a las criaturas a su servicio. ¿Cómo entender este dominio? Esta es la cuestión crucial que hoy, por lo menos en los ambientes teológicos, se discute. ¿Cómo comprender este pasaje del libro del Génesis: «Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra»? ¿Cómo deben ser comprendidas las criaturas inferiores? ¿Qué papel juega en esta relación, o en la deformación de esta relación, lo que en términos religiosos se denomina el «pecado», aquello que rompe la armonía original entre Dios y el hombre, de los hombres entre sí, y la relación del hombre con la Naturaleza, que comienza por ser paradisiaca y culmina con la maldición del suelo y la adverten-



La deforestación es un problema ligado a la explotación irracional de los recursos.



El sobrepastoreo y el sobrecultivo generado por la pobreza terminan en la desertificación

cia: «Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida» (Gen., 3,17)? Lo que está expresado en lenguaje mítico en el libro del Génesis encierra una concepción de las relaciones fundantes del ser humano con respecto a la Naturaleza. Muchísimos hombres se vinculan a la Naturaleza a través de esta concepción religiosa, y de allí brota una exigencia ética. Es evidente que la ética no depende solamente de la visión religiosa, pero no se puede ignorar, me parece, que la dimensión religiosa es constitutiva del ser humano, y que hemos de tenerla también en cuenta para considerar esta relación.

Enfocar la cuestión desde un punto de vista meramente antropocéntrico: el hombre como centro del universo, y todo lo demás exclusiva-

mente referido a él es una concepción peligrosa que corre el riesgo de hacer perder de vista el aspecto trascendente de la cuestión, ya que el hombre también es una criatura. Pero también podemos considerar, y en la tradición cristiana siempre se vio así, que los seres inferiores tienen una consistencia propia, y que toda la creación, y no sólo el hombre, está llamada a dar gloria a Dios; que cada criatura no es solamente un instrumento al servicio del hombre, sino que tiene su manera propia de alabar a Dios. Quizá nadie expresó esta idea tan adecuadamente como San Francisco de Asís, declarado por la Iglesia católica patrono de los ecologistas precisamente por el grado de comunión que logró en su vida con las diversas criaturas, evitando esos cor-

tes tan brutales que establece muchas veces una sociedad industrial como la nuestra entre lo humano y lo subhumano.

Hay cuatro acciones que podemos pensar en relación con este tema: explorar, descubrir, usar y salvaguardar la creación. El hombre está llamado por su razón e inteligencia a conocer, y por tanto tiene que explorar, conocer a fondo toda la realidad. Esto significa que no aceptamos la idea de una sacralización de la Naturaleza, que nos prohibiría investigarla y humanizarla. Para conocer tiene que descubrir, quitar el velo que la encubre, y comprender cuál es la relación intrínseca de las cosas entre sí. Sabemos que la ciencia contemporánea, para progresar en profundidad, necesita volcar su atención en un campo lo más pequeño posible. Si viéramos a todo el mundo a través de una cámara fotográfica con una lente de aproximación, lo estaríamos viendo como a través de un microscopio. Cuando retiramos la lente y miramos el plano más amplio, lo que antes veíamos en un pequeño marco lo descubrimos relacionado con otras cosas, tanto espaciales como temporalmente. De ahí entonces viene el tercer paso: usar. Pero usar de una manera amigable y no antagonista. La idea misma de «explotar» los recursos naturales implica ya una connotación de agresividad y de falta de armonía respecto de lo que se usa. De aquí entonces el cuarto concepto: salvaguardar. Tenemos que buscar maneras de aprovechar la Naturaleza que salvaguarden al mismo tiempo su patrimonio. Pensemos, en relación con la polución, en la energía solar, la energía eólica y la energía de las mareas. Formas de energía que a lo mejor son menos cómodas de captar, quizá menos económicas en el momento presente, pero que tienen un futuro muchísimo más promisorio que el carbón y los combustibles fósiles que hemos utilizado en la Revolución Industrial.

La segunda idea es que la Tierra debe ser considerada una herencia común, cuyos frutos están destinados a todos. Ecología y justicia social son dos conceptos que van de la mano. Herencia común en el espacio significa que debemos considerar como un problema ecológico la falta de desarrollo económico, pero un desarrollo económico que respete los derechos humanos y el destino universal de los bienes. ¿Qué significa esto? Que ya no podemos concebir que un grupo de personas que se asienta sobre un determinado territorio sea el dueño exclusivo de las

riquezas que se encuentren en dicho territorio. Creo que, más allá de los intereses en juego, hay una oscura conciencia en el momento presente, a propósito de la crisis en el Golfo Pérsico, de que los recursos naturales no son patrimonio exclusivo de quienes están asentados sobre ellos. En el siglo pasado este argumento fue utilizado para justificar el imperialismo y el colonialismo. Hoy se busca otra justificación apelando a la solidaridad. Pero es evidente que países como Argentina, por ejemplo, potencial productora de muchísimos más alimentos de los que produce sin deteriorar su medio ambiente, tiene una obligación respecto al resto de los pueblos de cumplir ese destino universal de los bienes. Hemos ocupado una tierra fértil, tenemos un clima privilegiado, pero no podemos seguir pensando que Argentina crece mientras los argentinos duermen. Es decir, que Dios, o la Naturaleza, es quien hace todo. Establecer esta conexión es volver a replantear la dimensión nacional e internacional del derecho a un ambiente seguro. Los problemas están interrelacionados. Lo que haga Brasil con el Amazonas interesa a toda la humanidad, y muchas veces hay reclamos injustos, porque se quiere que produzca el oxígeno que consumen o derrochan los países desarrollados. Lo que realiza un país en las cuencas superiores de un sistema hídrico repercute sobre los países que están más abajo. Es decir, que los problemas



Tenemos que buscar maneras de aprovechar la Naturaleza y al mismo tiempo salvaguardar su patrimonio.

ecológicos, desde el punto de vista ético, pueden llevar a la cooperación o pueden llevar a la guerra. Sabemos que lo único que hace la guerra es agravarlos, de tal manera que la respuesta más racional es fomentar la cooperación entre los hombres pertenecientes a diferentes sistemas políticos o que adhieren a diferentes creencias religiosas y concepciones éticas.

Se impone, en tercer término, una revisión de la escala práctica de valores. Casi nadie piensa ya que el ideal económico consiste en acceder a una sociedad de tipo consumista donde el descarte de objetos sea visto como un signo de progreso. Si ese progreso se mide por el producto bruto, cuanto más basura produzcamos más progreso estaremos generando. ¿Por qué fabricar un auto que dure tres años si lo podemos fabricar para que dure diez? ¿Por qué empaquetar las cosas con cinco envoltorios si con uno basta? ¿Por qué fabricamos envases que no son biodegradables si podemos hacerlos biodegradables? Las sociedades hiperdesarrolladas ya se están planteando el problema del reciclaje y el del consumo innecesario. Esto significa una revisión de las pautas de conducta sociales no por

via de una imposición del Estado, sino por la asunción voluntaria de esas limitaciones. En los países subdesarrollados se impone revisar la escala de valores que privilegia la familia numerosa, muchas veces originada en motivos económicos, porque es la forma de acceder a un seguro social donde ese seguro no existe. Preguntarse qué sentido tiene una familia numerosa cuando no hay cómo sustentarla obliga a plantear también otras cuestiones, cada uno en su lugar, atendiendo a sus problemas, pero la escala práctica de valores no va a poder continuar como en el presente. La escala empleada hasta ahora ha conducido a estas conductas. Si se quiere modificar conductas hay que modificar los valores que las inspiran.

En cuarto lugar se trata de crear conciencia acerca de la responsabilidad ecológica. ¿Cómo hacerlo? Tiene que haber una mezcla prudente de incentivos y de coacción. Esta propuesta considera que, por ser el hombre un ser libre, hay que fomentar su respuesta libre si se quiere que se haga responsable. Pero tampoco debemos olvidar que entre el bien y el mal elige, muchas veces, su propio interés, aunque vaya en perjuicio del



La firma del Acuerdo de Montreal ha supuesto un gran avance en la reducción de los aerosoles con contenido de CFCs.

de los demás. Esa experiencia la tenemos todos los fumadores pasivos. El juicio prudente de los gobernantes determinará la proporción de coacción e incentivo que sea eficaz para mover la voluntad de los ciudadanos.

En la promoción de la responsabilidad ecológica también tiene que haber un adecuado balance entre investigación y divulgación. La concentración exclusiva en la investigación puede producir conclusiones altamente interesantes y soluciones perfectamente factibles, pero la transferencia de la ciencia a la tecnología y de la tecnología a la práctica social es el objeto de la divulgación. Si no llegamos a dar este paso, seguiremos hablando durante veinte, treinta o cuarenta años más, y el mundo irá cada vez hacia una degradación ecológica mayor. Estamos empeñados en una carrera contra el tiempo. Hay daños que ya parecen ser, en cierto modo, irreversibles, y hay daños que todavía son reversibles. ¿A qué ritmo debemos correr esta carrera? Este ritmo no depende solamente de la investigación, sino también y fundamentalmente de la divulgación. Si de educar en la responsabilidad ecológica se trata, entre teoría y praxis hay que poner, a mi juicio, mucho mayor énfasis que el que se ha puesto hasta ahora en la praxis. Hay temas que no interesan ni a los políticos ni a los empresarios. Una de las formas de incorporar la agenda de los problemas ecológicos a los partidos mayoritarios fue la creación de los partidos verdes. Ellos expresan una protesta

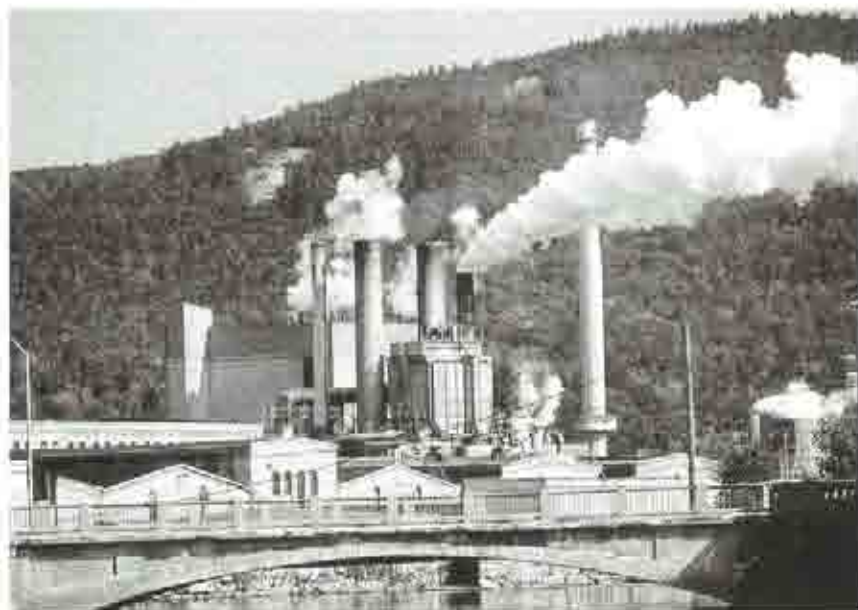
Ser responsables, desde el punto de vista ético frente al medio ambiente, es asumir que estamos frente a una cuestión muy compleja, pero no es una cuestión sólo para especialistas, sino para todos los habitantes del planeta.

que, cuando llega a cierto nivel, es asumida por los partidos mayoritarios. En el mundo empresario sería una irresponsabilidad no incorporar la agenda ecológica a la praxis, y no sólo a la teoría. La coacción estatal podrá hacer su parte, pero a largo plazo tengo más confianza en la capacidad de sanción de los consumidores organizados.

También en este plano sería fundamental lograr un adecuado equilibrio entre las llamadas «macroacciones» y las «microacciones». Como el problema es global, de todo el mundo, hay una tendencia a que los organismos internacionales, tanto gubernamentales como no gubernamentales, pongan el énfasis en las acciones colectivas y en las grandes acciones, que quizá sean decisivas, muy importantes y necesarias. Pero el ciuda-

dano común queda totalmente marginado de este proceso, porque no ve qué relación tiene su conducta con estas macroacciones, que generalmente son de tipo coactivo. Por ejemplo, se ha firmado una convención internacional que dispuso dejar de producir determinado gas responsable aparente del agujero de ozono. Pero nadie le pidió a ningún ciudadano que deje de usar esos gases, que deje de comprar determinados productos o que positivamente haga muchas microacciones posibles respecto de la polución ambiental, territorial, hídrica, etc. Hay que buscar formas creativas de ir incentivando la responsabilidad ecológica, aceptando que uno se educa mucho más por la acción que por la teoría.

Por último, y para concluir, debemos lograr un nuevo equilibrio entre una concepción abusiva del dominio del hombre sobre la Naturaleza, una concepción meramente estetizante de la misma, de la cual se deduce que todo debe ser preservado y nada puede ser alterado, y finalmente una actitud contemplativa. Hay que asumir que es imposible pensar hoy en día en la Naturaleza sin el hombre. El hombre es un ser vivo dentro de este conjunto y se inserta en él no como un insecto, una hormiga o un perro, sino con inteligencia y libertad, y a pesar de que morfológicamente no sea demasiado diferente a otros animales, su razón y sus manos le permiten alterar todo. El hombre forma parte de este mundo, de este universo, pero tiene un papel esencial. Tiene que contemplar, pero sin sacralizar lo que está. El respeto irrestricto a lo que existe, que muchas veces se traslada a grupos humanos enteros, como los aborígenes, me parece que no es una actitud constructiva, porque el equilibrio ecológico a lograr va a ser un equilibrio dinámico. Va a ser un reequilibrar continuamente los desequilibrios que produce la acción de la vida sobre el universo. No es un equilibrio estático, sino un equilibrio dinámico. La actitud del hombre ha de ser contemplativa del todo en el espacio y en el tiempo, y derivar de esta visión los criterios para la acción necesaria. Pero no tiene que obrar con anteojeras. No puede sacrificar el futuro en aras del presente, pensando que el progreso ilimitado traerá consigo las soluciones. Ser responsables desde el punto de vista ético frente al medio ambiente es asumir que estamos frente a una cuestión muy compleja, pero que no es una cuestión sólo para especialistas, sino para todos los habitantes del planeta.



La polución atmosférica, la emisión de gases y la lluvia ácida son fenómenos especialmente ligados al desarrollo industrial.